



Ramón J. Sender

**En la vida
de Ignacio Morel**

En la vida de Ignacio Morel es una novela que ofrece a los jóvenes preocupados por la experimentación y la novedad ejemplos orientadores. Pero ante todo es una novela fascinante.

La acción sucede en las afueras de París y en el radio vital de un joven profesor de liceo. El autor nos dice, a través de la experiencia de Ignacio Morel, que el arte y la verdad pueden y deben ir juntos.

La mujer es para Morel, como para todos los hombres, una experiencia decisiva. Marcelle, la protagonista, es una de tantas mujeres que hallamos a cada paso en las ciudades, pero sus relaciones con Ignacio son de un género no planteado antes en novela alguna. Como sucede frecuentemente en las obras de Sender, ésta se basa en un hecho histórico del que pueden hallarse pruebas documentales en los diarios parisienses de hace algunos años.

Lo más importante de esta novela, es su original composición, su abundante observación psicológica y su enorme proyección poética, muy rica en sutilizas.

A Luz y Ronald Watts

I

Lunes pascual

LOS HECHOS INSÓLITOS QUE RECUERDO en estas páginas sucedieron como los cuento, de un modo simple y por decirlo así, eficaz. (Eficaz en relación con el destino de Morel). Pero vamos por partes, es decir comencemos por el principio.

Ignacio había llegado a Francia con sus padres españoles cuando tenía dos años de edad. Hablaba y escribía con facilidad francés y español y se consideraba y era ciudadano de la nación francesa. El país da poco a poco a la gente inmigrada —a los metecos, como suelen llamarlos los nacionalistas a ultranza— una especie de domesticidad afablemente gala que llega a influir en los rasgos físicos. Y a él le gustaba parecer francés desde que murieron sus padres, él en el maquis luchando contra los alemanes y ella diez años después en un hospital de París. Por otra parte, Francia era todo lo que él había conocido en su vida.

Ignacio no había oído hablar en su casa sino de sangre, odio y miedo, reliquias de la guerra civil. Eso le había dado cierta cobardía física, no exactamente cobardía sino fatiga anticipada de la violencia. De cualquier violencia. Toda su ambición se cifraba en un buen pasar sin accidentes. Pero ¿quién puede prevenir los accidentes y menos evitarlos cuando vienen derechos? La verdad es que Ignacio Morel

no había tenido ninguno grave todavía. La muerte de los padres entraba en el orden natural con guerra y todo.

El hecho es que Ignacio —*lñasssse*, decían los franceses — se sentía especialmente satisfecho desde hacía algunos días. Nunca había dejado de pensar en sí mismo con algún respeto, pero aquel respeto era más confortador desde el último viernes. Con sus treinta años saludables y su profesión, que llevaba con decoro —profesor de liceo—, sentía-se a gusto en su piel. La gente lo estimaba sin que aquella estimación llegara a proyectar sobre su silueta gris de hombre flaco y vibrador aureola alguna. También esto último — la falta de prestigios especiales— le gustaba a Ignacio. Era bueno pasar discretamente inadvertido. Es decir, que le gustaba ser tratado de un modo amablemente impersonal. Eso no quiere decir que encontrara placeres orgiásticos en el anónimo. Hay que distinguir. En todo caso, recordaba el consejo de Gracián: no ser sol, que se pone.

Habría sacrificado su gusto de la media sombra por una discreta reputación literaria, eso sí. La idea de lograr una nombradía de escritor, aunque fuera modesta —o quizá preferentemente modesta—, le atraía. Quien dice escritor dice pintor o músico, es decir, artista. Ser algo o alguien. Bueno, no demasiado. A veces en el tiempo que le dejaban libre las clases leía y escribía. No había publicado nada todavía, aunque había escrito algunos ensayos en los que se veían influencias inmediatas de otros autores. Pero escribía para sí mismo. Eso sí, con la esperanza de escribir algún día para el público. Cuando un ensayo no le salía a su gusto se decía: el género mío es la novela. Si ésta le fallaba pensaba en el teatro o en la poesía. Últimamente había probado fortuna escribiendo teatro. Comenzó medio en broma, pero cuando vio acabada su pequeña pieza en un acto no pudo evitar tomarla en serio. Se titulaba «Los cuatro enanitos».

Había tenido un motivo de complacencia con su obra teatral, que fue recitada a través del consabido magnetófono en el salón de actos del liceo. La obra era corta y el

público aplaudió, tal vez porque no tuvo tiempo de aburrirse. Ignacio se había asegurado antes escribiendo aquella «tragedia para marionetas», o comedia o drama sobre uno de los *fabliaux* de la Alta Edad Media. No se atrevía aún a destapar la caja de Pandora de su fantasía, sino que siguió una pauta ya sabida. Era más seguro. Y había en aquello un homenaje a la tradición francesa, en la cual comenzaba a sentirse integrado.

También es verdad que esa pauta del *fabliau* no la siguió fielmente. No había en «Los cuatro enanitos» una sola frase, una sola palabra tomadas del *fabliau*. Todo era suyo menos el esqueleto, menos la estructura. En todo caso había debutado en público protegido por el ala tutelar de una gloriola ya establecida. Todo Argenteuil relacionado con el liceo estaba presente, especialmente las damas de las familias pudientes, que eran casi todas jóvenes y algunas bastante estimulantes.

Era Ignacio un poco introverso y nervioso, y a veces, cuando se veía obligado a sostener largamente una atención forzada, le temblaba un párpado. No creía que los demás se dieran cuenta de aquel temblor, pero se sentía incómodo e impaciente.

Lo que más le gustó en aquel acto público fue el silencio con que le escucharon. Ese silencio se sabe cuándo es genuino y cuándo forzado por la cortesía. Como decía Ignacio, en aquel silencio se advertían los bajos fondos del respeto. Esto del respeto siempre le preocupaba.

Una pequeña victoria fue. Después de la lectura se formó espontáneamente una comisión de alumnos y de padres de alumnos para preparar la puesta en escena de la comedieta. En el paraninfo del liceo. No era cosa urgente; la representación no sería inmediata. De momento eran las vacaciones de la Pascua florida y habría que esperar hasta el otoño después de la larga pausa del verano. Tampoco él se forjaba ilusiones. Representar la obra tenía sus dificultades.

Pero no le disgustaba su pequeña comedia o tragedia. Bueno, tragedia para guiñol. Él prefería llamarla *comedieta*. En la comisión había dos señoras, y una de ellas le había dado la mano a Ignacio diciendo la palabra *charmant*. El autor se quedó pensando si lo decía por la obra o por él mismo. Ya se sabe que los artistas tienen inclinación al narcisismo. La mano de aquella señora era carnosa, blanda y tibia.

En su memoria desfilaban las sombras vagas, pero bien separadas y distintas, de aquellas personas, lo mismo que las sombras en el muro subterráneo de que habla Platón. Un poco más definidas, claro. Al fin la cueva de Platón era en este caso el salón de actos —el paraninfo— de un liceo. Paraninfo quiere decir, en griego, padrino de boda. También las palabras pueden ser ridículas, por inadecuación, pero el uso les da una segunda naturaleza, las salva a veces. Así con *paraninfo*.

Ignacio no había tenido aún sino amoríos de adolescente con chicas de buenas costumbres y alguna aventura a puerta cerrada con *demimondaines* de París. La mayor parte de sus citas con chicas del liceo —y con alguna profesora joven— habían sido citas con déficit. Así las llamaba él cuando gastaba en invitarlas y no había luego intimidad erótica.

Como digo, Ignacio había cumplido ya los treinta. Una amante, lo que se dice una amante al estilo de la tradición galante francesa, no la había tenido aún. Y creía que le hacía falta para completar su educación mundana. Una o dos experiencias deslumbradoras sí que las tuvo. Pero sin continuidad. Una de ellas había sido de veras memorable y no la olvidaba.

Cuando escribía tomaba Ignacio un acento escéptico y cínico, como si estuviera de vuelta de todas las ilusiones. Suele ser así con los novelistas principiantes, sobre todo al hablar de mujeres. En la comisión que se formó después del recitado no figuraba Marcelle Saint-Julien, y bien lo

sentía Ignacio. Era una mujer sencilla, discreta, que nunca llamaba la atención, pero en la cual todo el mundo pensaba con algo más que simpatía.

Estaba casada Marcelle desde hacía siete años. Su marido era un comerciante próspero algo más viejo. Tenían una tienda de telas. Todos pensaban que aquel hombre y aquella mujer se merecían recíprocamente en todos los sentidos: social, económico, moral. De Saint-Julien, el marido, se contaba un rasgo de carácter realmente notable. Un amigo que vivía en Compiègne le pidió que comprara para él en París un billete de una lotería especial. Saint-Julien compró dos, uno para sí mismo. Escribió en el borde de uno de los billetes, con lápiz, su propio nombre y el de su amigo en el otro. Éste salió premiado y Saint-Julien se lo envió aunque podría haber cambiado los nombres y quedarse con el premio.

Su amigo lo cobró como es de suponer. La gente llegó a enterarse y el hecho despertó un clamor de asombro. Algunos decían que aquél era el verdadero sentido de responsabilidad de la Francia honestamente burguesa. Por esta y otras razones en Argenteuil estaban todos orgullosos del matrimonio Saint-Julien, aunque no faltaba algún discrepante que decía que Saint-Julien se había conducido como un *cuistre* y que lo primero en la vida no era el honor ni la virtud, sino la agudeza y la inteligencia práctica. Por la inteligencia prosperaba la humanidad y no por sentimientos de honor más o menos trasnochados. Eso decían.

Recordaba Ignacio que al final de la lectura de su comedia, Marcelle Saint-Julien se le acercó y le dijo sencillamente: «La obra me ha gustado». No solía ser locuaz Marcelle, pero en su laconismo era más expresiva que las otras. Luego le preguntó en qué casa había hecho la grabación. Ignacio dijo que en el taller de discos de gramófono de la calle La Motte, un lugar adonde solían ir últimamente chicos y chicas ye-ye.

Allí había encontrado Ignacio una vez a Marcelle comprando discos también. Resultó que tenían gustos parecidos. A los dos les gustaba esa música brasileña que llaman *bossa nova* y que a Ignacio le parecía un trasunto de lo que él mismo querría hacer en literatura: una melodía intelectualmente refinada con bajos fondos armónicos de *jazz band*. Se exasperaba a veces pensando en la dificultad de trasponer todas esas emociones desde el plano musical al de las letras y en «Los cuatro enanitos» lo había intentado sin conseguirlo.

No habló de nada especialmente sugestivo con Marcelle porque ella rehuía ocasiones de mostrarse demasiado personal lo mismo con los hombres que con las mujeres. Era su trato distante, aunque no frío. O frío aunque no distante. Mostraba esa neutralidad amable de la gente exenta de verdaderos problemas. Los que están de acuerdo con su destino y tienen todo lo que quieren aunque no sea mucho, se protegen de cualquier riesgo con cierta virtuosa impersonalidad. La impersonalidad —no anonimia— de Marcelle le gustaba a Ignacio. Era cómoda.

Estaba Ignacio satisfecho a medias de sí mismo por aquel pequeño diálogo con Marcelle. Recordó una expresión oída en alguna parte: «El orbe está sin terminar y son los artistas quienes prueban a terminarlo». ¿Sería él uno de esos artistas?

Pensando así se miraba el joven profesor en el espejo de la consola de su estudio (al sesgo) y alargando la mano ponía en marcha la cinta impresa con su lectura. Por la ventana se veía un día gris y neblinoso que no invitaba a salir. Las vacaciones de primavera lo enervaban, a veces. Quería oírse otra vez a sí mismo, es decir comprobar que la lectura grabada estaba de acuerdo con el texto, ya que había hecho a última hora correcciones y no sabía si las realizó antes o después de la grabación. Además, con el pretexto de la comprobación admiraba Ignacio su propia voz, el aplomo de los espacios y las modulaciones, y gozaba en fin de la

obrita en sí. No era ambiciosa, pero la creía lograda. Solía decir —y en eso tenía razón— que cualquier objetivación (es decir creación de formas de realidad vivas) daba derecho a un autor incipiente a sentirse satisfecho. Él lo estaba, aunque con reservas. No era tan tonto para no tenerlas.

Recostado en su sillón, Ignacio escuchaba. Y miraba al techo, en el que había puesto algunas fotos ampliadas, fotos de mujeres. No estrellas de cine ni provocativos desnudos, sino sencillamente amigas a quienes había fotografiado con focos y ángulos insólitos y luego parecían flotar en el aire. Enseñó un día las primeras pruebas a un amigo pintor y éste le dijo mirándolas con ojos expertos: «¡Qué encuadre más raro!».

Añadió que aquellas fotos ampliadas debían ser puestas en el techo y no en las paredes. La verdad es que cuando Ignacio tomó las fotos había procurado que tuvieran un fondo de cielo abierto o de nubes y enfocaba las figuras desde abajo, a veces acostado en tierra, lo que le daba planos insólitos. Le gustaban aquellas fotos. Algo así querría intentar en su literatura.

Viendo aquellas fotos en el techo se decía Ignacio cosas raras. Por ejemplo: «Esa chica, Enriqueta, fue casi mi amante. Tuve con ella *similicoitos verticales*». Así llamaba a los abrazos entre puertas, complicados a veces hasta el orgasmo. Y suspiraba recordándolo. Con cualquiera de ellas podría haberse casado —se decía— pensando, sin embargo, que era más prudente seguir soltero.

El magnetófono seguía funcionando. La lectura de su comedieta se iniciaba con la descripción de la escena, según costumbre. Tenía Ignacio una voz pastosa y grave:

Ruego a mi amable auditorio que imagine la escena como una sala lujosa y desordenada en vísperas de un acontecimiento. ¿Qué acontecimiento? El más frecuente y sin embargo el más sensacional de la vida humana: una boda.

No es que el autor crea en lo excepcional o en lo vulgar de las bodas, ya que carece de experiencia personal. Pero

es el acontecimiento por el que hay que pasar, puesto que uno ha nacido y ha crecido y tiene inclinaciones saludables. Eso piensan las mujeres y lo mismo pensamos muchos hombres. La realidad de cada día nos dice que no nos equivocamos.

En la sala hay un balcón al fondo que da sobre un parque en flor. Los parques de los palacios donde se prepara una boda están siempre en flor, y, además, entre las flores dominan las rosas cándidas y las venenosas adelfas, dos aspectos opuestos pero complementarios en los vastos niveles de la voluptuosidad.

Hay en la escena dos mujeres, una muy inocente y la otra (azafata o cosa así) más experta. A veces, sin embargo, dan la impresión contraria. La azafata está vistiendo a la joven virginal con su traje de novia. Sobre una silla, el velo y los ramitos del granado e impoluto azahar.

La niña, que se llama Güendoline, va a casarse esa misma noche. Y el diálogo va desarrollándose así:

GÜENDOLINE. ¿No es la cola demasiado larga?

DONCELLA. Debe arrastrar tres metros.

GÜENDOLINE. Con una cola como ésta, Nabi parecerá más pequeño todavía.

DONCELLA. Seguro, y será cosa de ver.

GÜENDOLINE. A veces mi novio me pone en situaciones delicadas.

DONCELLA. Ridículas.

GÜENDOLINE. No, sólo delicadas. Pero tengo que casarme.

DONCELLA. ¿Por qué?

GÜENDOLINE. Por lo que se casan todas. Estoy enamorada.

DONCELLA. Podrías haberte enamorado de uno de tu tamaño.

GÜENDOLINE. Lo que cuenta es el corazón.

DONCELLA. El corazón es parte del cuerpo. Y tu novio es demasiado pequeño, la verdad. Los enanos...

GÜENDOLINE. (*Asustada*). No digas esa palabra en esta casa.

Mi novio no es enano.

DONCELLA. Pero cuando vais al cine y pedís dos entradas, te dan una de persona mayor y otra de niño. La de niño para tu novio.

GÜENDOLINE. (*Avergonzada*). ¿No es horrible?

DONCELLA. Por eso decía que el amor de Nabi debe de ser un amor... miniatura.

GÜENDOLINE. Yo te conozco. Piensas que me caso con Nabucodonosor porque es rico.

DONCELLA. ¿Rico? Tiene petróleo en Tejas, bosques de fuentes de petróleo. Naranjas en California. Miles de acres de naranjas. Cerdos en Chicago. Tres fábricas de conservas. Y bananas en Colombia. Miles de millones de bananas en Colombia. Acaba de venir de Jamaica, donde tiene plantaciones de azúcar, y ha hecho el viaje en su propio barco.

GÜENDOLINE. ¿Qué quieres decir?

DONCELLA. Trillones de bananas verdes.

GÜENDOLINE. Tú sabes muy bien que a mí el dinero me tiene sin cuidado (*Yendo a una mesa donde están los regalos*). ¿Has visto el último obsequio de Nabucodonosor? (*Toma un estuche y lo abre*). ¿Qué te parece?

DONCELLA. Un collar de diamantes.

GÜENDOLINE. *Rivière*. Se dice una *rivière*. Más de cincuenta mil dólares.

DONCELLA. Así y todo, un enano es un enano.

GÜENDOLINE. (*Indignada*). Idiota, tú no comprendes. Es pequeño, pero tiene alma de gigante.

DONCELLA. Poca cosa el alma.

GÜENDOLINE. ¡Qué sabes tú! El cura decía...

DONCELLA. Poca cosa. (*Cantando*).

*Es la cosa tan chiquita
que la verdad yo no sé...*

Jesús, María y José.

GÜENDOLINE. Es grande en su generosidad. Me ha regalado esta casa con jardines de estilo Victoriano, un Cadillac...

DONCELLA. Por cierto que tu coche viejo está en el garaje con el motor en marcha quemando gasolina.

GÜENDOLINE. ¿En cuál de los tres garajes?

DONCELLA. En el pequeño, ahí al lado. Y el motor funciona porque no se puede cerrar la llave ni tampoco se puede sacar. Se ha enganchado en alguna parte la llave maldita. Llamé al taller de reparaciones y un empleado me dijo que vendría, pero no sé si vendrá. Parecía estar borracho o loco, no sé.

GÜENDOLINE. ¿Has probado a sacar la llave?

DONCELLA. Hasta con una tenaza, pero todo ha sido inútil.
(Se oye música en el parque).

VOZ ATIPLADA. *(Cantando).*

*Qué viene de las Antillas
en su barquito velero
con bastón de albricias verdes
y una cinta en el sombrero*

GÜENDOLINE. *(Complacida).* ¿Oyes?

VOZ ATIPLADA. *(Cantando).*

*... que de Jamaica ha venido
por amores de una niña.*

GÜENDOLINE. Canta bien esa mujer.

DONCELLA. No es mujer.

GÜENDOLINE. Ese niño.

DONCELLA. No es niño. Es un enanito que te está agradecido por casarte con otro de su especie, y viene con sus amigos a darte serenata.

GÜENDOLINE. ¿Y de dónde ha salido tanto enano?

DONCELLA. Del circo. ¿No has visto el circo que han instalado al otro lado del parque?

GÜENDOLINE. Tal vez quieran que los invitemos a la boda.

DONCELLA. ¿Por qué no? (*Asomándose al balcón*). Allá están. Son tres, pequeñitos como muñecas. No, cuatro. Uno con una corbatita verde, otro con su lacito azul, otro blanco. Pero en lo demás, iguales. La cuarta es una muchacha.

VOZ ATIPLADA. (*Cantando*).

*en un velero de nácar,
el mastelero de amores,
las jarcias de miel hilada.*

DONCELLA. Son los mismos que estaban en la escalera de la alcaldía cuando fuisteis a buscar la licencia de matrimonio. Pero entonces estaban sólo los tres hombrecitos. Tu novio les dio veinte dólares y les ordenó que se marcharan.

GÜENDOLINE. No le gustó a Nabucodonosor encontrarlos allí. ¡No le gustó!

DONCELLA. Claro, a ningún escuerzo le gusta ver a sus iguales. Digas lo que quieras, podrías llevarlo en brazos a la boda. Y una boda es para toda la vida. Para siempre.

GÜENDOLINE. Eso, lo que Dios quiera.

DONCELLA. Mucho tiempo es siempre.

GÜENDOLINE. Más tiempo es nunca. Pero el futuro dirá.

DONCELLA. (*Mirando por el balcón*). Creo que viene Nabi. Sí, ahí está.

GÜENDOLINE. ¿Quién?

DONCELLA. Nabuco.

GÜENDOLINE. No lo llames así. Di el nombre entero: Nabucodonosor.

DONCELLA. No me alcanza el aliento. Ya no se oye la música. ¿Eh? Los enanitos gritan y corren. Tu novio los persi-

que con el bastón levantado. Pobres enanitos. Ahora corren cada cual por su lado. Uno se esconde detrás de un laurel, otro detrás de un rosal, otro detrás de una mata de apio y el de la mata de apio ha perdido la mandolina. Ahora tu novio grita.

VOZ DE NABI. Si vuelvo a oírlos cantar, les soltaré los perros.

DONCELLA. Ahora tu novio Nabuco... (*respira*) donosor viene para acá inflando el pecho como un pavo real. Se ha enfadado y viene con prisa. Es un día de prisas el día de la boda. Aquí está. Ya sube. (*Corre al lado de la novia*). No sé si ponerte el velo o esperar hasta el último instante. Tu novio querrá abrazarte y te desgranará el azahar.

GÜENDOLINE. Espera, porque dicen que da mala suerte. Ni el azahar ni el velo.

DONCELLA. (*Con ironía*). Hasta el último instante.

NABI. (*Entrando con un ramo de flores*). Hola, *darling*. ¿Estará todo listo? (*Parece más pequeño con su manía de alzarse sobre la punta de los pies*). Este ramo lo he escogido en la estufa tropical y es el que llevarás en mi boda, querida. (*Tarareando sin darse cuenta:*) «... que viene de las Antillas».

GÜENDOLINE. (*Feliz*). ¿No son miñones?

NABI. ¿De qué hablas?

GÜENDOLINE. De los tres músicos.

NABI. (*Descuidado*). Ah, es la canción de los enanos. Se me ha contagiado y la llevo en la cabeza como una semilla seca.

DONCELLA. Como una semilla en una calabaza seca.

NABI. ¿Qué dices?

DONCELLA. (*Cantando*). Que has venido de Jamaica...

GÜENDOLINE. ¿No son lindos?

NABI. No es manera esa de calificar a los hombres. Lindos. No es manera, querida, digo en una doncella inocente que se va a casar.

DONCELLA. ¿Hombres esas miniaturas?